

La escuela vacía

Había una vez una niña de siete años llamada Carme. Era alegre, curiosa y le encantaba ir a la escuela, un lugar especial llamado Catalonia, donde siempre ocurrían cosas divertidas.

Una mañana, Carme se levantó temprano, se vistió rápidamente y, con su mochila en la espalda, subió al coche con su madre. Estaba emocionada porque quería ver a sus amigos y su maestra.

Cuando llegaron a la escuela, todo parecía algo raro. No había niños en el patio, ni ruido, ni risas. Todo estaba en silencio.

—Qué raro… —dijo Carme.

Pero como su madre tenía prisa, la dejó en la puerta y se marchó al trabajo.

Carme, algo intrigada, entró en la escuela sola.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —gritó.

Sólo se oía el eco de su voz por los pasillos vacíos.

Empezó a andar poco a poco. Miró dentro de su clase… pero estaba completamente vacía. Fue al patio… tampoco había nadie. Incluso

pasó por la biblioteca, pero no había ni un solo niño leyendo.

A cada paso, Carme se sentía más confundida.

—¿Quizás se han escondido para hacerme una sorpresa? —pensó.

Decidió buscar mejor, abriendo puertas y mirando por doquier, pero no encontraba a nadie. ¡La escuela Catalonia parecía abandonada!

Justo cuando empezaba a preocuparse de verdad, escuchó un ruido en la puerta principal.

—¡Carme! —gritó una voz conocida.

Era su madre, que había vuelto corriendo.

—¡Carme, ven deprisa! —dijo, algo nerviosa pero sonriente.

Carme corrió hacia ella.

—¡Mamá! ¡No hay nadie! ¿Dónde están todos?

Su madre se rió suavemente.

—Ay, Carme… nos hemos equivocado. ¡Hoy es sábado!

Carme se quedó parada un segundo… y después empezó a reír.

—¡Ah! ¡Por eso estaba todo tan vacío!

Ambas salieron de la escuela cogidas de la mano, todavía riendo.

—Pues ya que estamos despiertas —dijo mamá—, ¿qué te parece si vamos a desayunar chocolate con churros?

Los ojos de Carme brillaron.

—¡Síííí!

Y así, lo que había empezado como una mañana misteriosa se convirtió en una aventura divertida que Carme nunca olvidaría.